

15 de abril

Una vez más, retomo este diario. ¿Y cuál es el asunto del día?. Pues bien, cada mañana me cruzo en la calle con una chica muy joven. No es especialmente bonita ni tampoco lo es fea. Tiene un aro en la nariz, rastas en el pelo y viste mal atrapiada. Ella conduce un cochecito de niño – tendrá menos de dos años – bastante desvencijado. No la conozco de nada, nunca hemos hablado. Y, sin embargo, me saluda y dedica al pasar junto a ella una sonrisa encantadora, afable, estimulante. Me siento como si hubiese bebido una taza de café en el desayuno. Hace tiempo que no la veo y siento su ausencia. Los cuerpos se calientan al contacto con otros más calientes. Así la alegría. Huyamos de la gente malhumorada. ¡Qué poco cuesta sonreír a un desconocido!

17 de abril

Una amiga me cuenta que le compró un libro a un autor huérfano de lectores en una feria. Ella fue compasiva, pues aquel escritor no tenía una dedicatoria que llevarse a la mano. Antaño los escritores dedicaban sus libros a otros amigos escritores. Su firma, dada su escasez, tiene valor. Son las leyes del mercado. Hoy cualquier novelista de medio pelo y de calva entera se sienta tras una mesa para firmar sus libros en serie. Las dedicatorias vienen a ser como latas de sardinas saliendo de una fábrica: “ A fulanita de parte de ...”. ¡Vaya, yo tengo uno igual! El autor, con la mano fatigada, es “uno para todos”; los lectores son “todos para uno”. Solamente que aquí no está el malvado Richelieu ni el valiente D’Artagnan.

23 de abril

Hallo en la calle a unos italianos haciendo fotografías a un moderno bodrio arquitectónico y, además, junto a dos edificios históricos de la ciudad. ¡Italia, la cuna del Renacimiento!. Como decía mi madre: “hay ojos que se enamoran de legañas”.

24 de abril

Ayer pasé por alto y se me pasó por bajo que se celebraba, no solamente el día de mi patria local, sino también el Día del Libro. Cada día tiene su santo y su fanático. Algunos celebran una victoria militar, otros ¡una derrota!; éstos el nacimiento de tal personaje, aquellos la muerte de tal otro. También hay días dedicados al atún, a las abejas, a la tortilla de patata, a la bicicleta y quizás haya alguna vez un Día internacional de las pulgas de perro. Según parece, “las cosas son números” y el hombre siente la necesidad de empaquetar la realidad en unidades aritméticas. El mayordomo del conde Saint-Simon le hacía levantarse con estas palabras: “señor conde, despierte, que tiene grandes cosas que hacer hoy”. Pues bien, despertémonos, ¿qué hemos de celebrar esta jornada?

25 de abril

Hace unos días se suscitó una disputa sobre si en este seminario, dada su época, habían existido “castrati”. O sea, capones destinados al canto en los oficios religiosos. Un profesor sostenía que, aún habiendo sido así, no debemos caer en anacronismo juzgando el pasado con la mentalidad del presente. Evidentemente mi amigo es historiador. Sin embargo, desde un punto de vista moral, suprahistórico, ¿es legítimo castrar a un niño para que conserve su voz infantil? ¿Es acaso el evangelio válido en tal siglo, inválido en tal otro?. Ama, según la época. Ciertamente, podemos decir que el evangelio es el mismo, pero los hombres no lo son. “Venga a nosotros tu Reino”, pero que sea cuanto antes.

27 de abril

La disputa del otro día deriva en otro problema: ¿somos hoy mejores que ayer? Creo que fue Montaigne quien llama a un monarca de la antigüedad compasivo, pues habiendo podido matar a un enemigo se contentó con arrancarle los ojos. Mi amigo historiador es especialista en la edad media. O sea, conoce muy bien cómo el hijo del rey asesina a su padre y a su hermano para ocupar el trono vacante siendo a su vez asesinado por su tío, etc. Actualmente tales asesinatos, “golpes de Estado”, son más propios de

ciertas repúblicas bananeras que de las monarquías occidentales. ¿Hemos progresado? En la nación que nos dio a Kant y Goethe, surgió también Hitler y Goebbels. El hombre, basta con arrancar unas cuantas capas, siempre está tentado de volver a la caverna. Estemos vigilantes como las vírgenes vestales para que la lámpara de la civilización no se extinga dejándonos a oscuras.

29 de abril

Ayer fui a enviar un dinero a mi suegro y el negro del mostrador – aquí negro es descriptivo, no ofensivo – se encontraba de rodillas en el suelo. En un principio pensé que buscaba algo perdido, pero luego advertí que estaba rezando tal como manda hacer el Corán. Y esta mañana veo a un amigo mío sacerdote dando vueltas al claustro leyendo, como hace cada día, el breviario. Sin duda sería lamentable un fallo de la memoria en la liturgia. ¿Tiene valor esa fe rutinaria, mecánica? Tal vez sí. El hombre se distrae en el mundo y es necesario recordarle que el creyente está de paso en el mundo. Esos actos mecánicos serían como las marcas escritas en las manos o los lazos que nos impiden olvidarnos de algo. La rutina evita salirnos de la ruta.

30 de abril

Estoy leyendo los aforismos de Lichtenberg. Salvo algunos cuantos, la mayoría me parecen vulgares. Pero no culpemos de ello al autor. Un aforismo viene a ser como escribir el Padrenuestro en un grano de arroz. Pocas veces se consigue incluso cuando el ingenio sea tan agudo como la punta de la pluma.

2 de mayo

Mi ciudad acaba de superar a Sevilla en población y ya es la cuarta ciudad de España. En el renacimiento también las ciudades rivalizaban por tener la torre con reloj más alta. Existe un culto a la grandeza, a los rascacielos, los zigurats modernos. Y esto me trae a la memoria una escena cómica de *El Gran Dictador*. Mussolini y Hitler se encuentran en la barbería y cada uno eleva algo más el sillón para mirar al otro desde más arriba. Pero no siempre esto es deseable. A veces, como en la columna de Nelson, el pedestal es tan elevado que no se puede ver apenas al héroe. ¿Acaso las macrociudades como Nueva York no nos dejan ver las casas y a los ciudadanos?

Pablo Galindo Arlés

16 de mayo de 2023